

EDWARD HOPPER, UN VISIONARIO DE LA REALIDAD DEL HOMBRE ACTUAL

6 de julio 2020

Carlos Herrero Starkie

Director del IOMR

Si hay una obra pictórica que exprese las sensaciones de soledad y ansiedad que muchos hemos sentido durante nuestro prolongado confinamiento esa es la de Edward Hopper.

De ahí que el IOMR invite a sus amigos y seguidores a visualizar el magnífico video que cierra este blog. Un auténtico homenaje a este pintor norteamericano cuya obra representa los valores eternos del Arte y en especial de la pintura.

La obra de Hopper encarna los ideales que toda persona sensible busca en la pintura, al ser el resultado visible de dos fuerzas centrífugas que actúan en él de forma exponencial: su capacidad para escrutar la realidad y la de escuchar su Alma interior.

Su incuestionable contemporaneidad le lleva a ser considerado uno de los pintores que mejor ha representado la sociedad del siglo XX, empleando para ello los mismos recursos pictóricos que los maestros antiguos cuya obra late de forma renovada en toda su obra. En ella se aúna, el presentimiento de Watteau, el silencio de Vermeer, la introspección de Rembrandt, el tempo lento de Velázquez y el estudio de la luz de los impresionistas.

Hopper, como todos los grandes maestros, es ante todo un pensador de su tiempo; en él no hay nada superfluo, todo tiene un significado, de ahí que exprese de forma meridiana los males que atenazan al individuo en la sociedad moderna; esa soledad que le acompaña a todos sitios, en su casa, en el hotel, en el bar, en el teatro; esa ansiedad y vacío interior que siente al contemplar el exterior desde una ventana; esa despersonalización propia del hombre masa por su falta de interacción con su entorno; esa incomunicación que asola las parejas.

Como en los primitivos flamencos, en la obra de Hopper son los objetos los que emiten muchas de las resonancias que nos desvelan el secreto de sus cuadros y el ánimo de sus personajes; todos ellos parecen tener un eco en forma de presentimiento que subyuga espectador. Una máquina de escribir, una carta, un libro, un anuncio publicitario, una lámpara sobre la mesilla de noche, una maleta al lado del sofá, el simple marco de una ventana que se abre a un atardecer o a un paisaje urbano.

Pero sin duda el principal protagonista de su obra, aquello que le imprime un carácter más singular es la luz. Una fuerza que actúa como una auténtica obsesión en su alma de artista, en la medida en que dota de significado al vacío que circunda a las personas y objetos, a la par que las aísla de su entorno, algo que sin duda nos recuerda a Velázquez.

Una luz diurna, diáfana, que penetra en los interiores para transformarse en materia, inundando de vida la tediosa cotidianeidad del hogar americano; una luz artificial, en ocasiones amarillenta, como la que se atisba en esos agujeros indiscretos que pueblan los rascacielos de las ciudades modernas como si fuesen colmenas o que caracteriza esas escenas de teatro y cines, tan frecuentes en la obra de Hopper, donde los espectadores

asisten embobados a un espectáculo; una luz de neón, de gélida modernidad, como la que ilumina esos escaparates o cafeterías de autopista o las gasolineras de ciudades de provincia americanas; una luz que, a través de su efecto sombra, nos desvela las siluetas de ciudadanos que van en tropel al trabajo o de unos obreros que, encaramados a una viga, disfrutan de un momento de descanso.

Su obra está llena de contrastes que, por la forma tan sutil de tratarlos, apenas interpelan al espectador:

La separación entre la naturaleza y el mundo moderno; entre el mar, el viento, el sol, la luz y los rascacielos, el coche, las luces de neón, los anuncios publicitarios, todos ellos símbolos del hombre moderno; un hombre que ya no se encuentra a si mismo y está a la espera un destino incierto.

La relación temporal entre el pasado, el presente y el futuro, siempre discernible en la trama de sus cuadros, que propicia una sensación de "suspense" en relación a una acción no descrita pero que el espectador intuye va ocurrir.

La diferencia existencial entre enclaustramiento que vive el hombre en el interior de los edificios, caracterizado por un "slow movement" y la vida del mundo exterior que aporta un halo de esperanza simbolizada por la importancia que Hopper otorga a las ventanas.

Todo ello nos conduce a una de sus cualidades pictóricas que mas nos recuerda a Vermeer, su brevedad discursiva. La forma de expresarse elegida por Hopper para transmitir un mensaje caracterizada por respetar en todo momento el espacio imaginativo del espectador, dejando elíptico el desenlace de la historia de sus cuadros. De ahí su conexión con el mundo del cine, tanto en la manera de tratar la composición en su conjunto como de formular los primeros planos, lo que hace que sus escenas parezcan enfocadas por una cámara

Hopper es la mejor demostración de cómo la "pintura objetiva" tal y como el mismo la califica, puede transmitir un mensaje filosófico, psicológico y social muy comprometido con su tiempo, de una carga profundidad equiparable a cualquier novela existencialista del momento, mediante una técnica pictórica tradicional y un lenguaje simple, atrayente, universal, muy alejado de las rupturas y experimentos de la "avant garde" que convulsionaron el arte del siglo XX. Un mensaje visual tan poderoso como el que hoy día puede transmitir Banksy, pero infinitamente superior desde el punto de vista artístico.

Hopper representa un espíritu de resistencia frente a la pintura abstracta, un bastión sólido donde agarrarse el arte de todos los tiempos frente a las corrientes vanguardistas del siglo XX. El único que se rebela en Norteamérica ante la fuerza destructiva del expresionismo abstracto de Pollock.

No deseo explayarme más, porque en esta ocasión solo pretendo anidar en todos los lectores un sentimiento de curiosidad, no solo por la obra de Hopper, sino por la originalidad misma del documental que a continuación les presento, donde se combinan de forma magistral, entrevistas al propio Hopper, a su esposa también pintora, imágenes de sus cuadros, fotografías y películas de la época, todo ello engarzado de una forma muy sugerente, en la línea de este gran observador de su tiempo que fue Eduard Hopper.